

los de los generales Gonzalo de Córdoba, conocido por el *Gran Capitan*, y D. Antonio de Leiva, que con tanta pericia como fortuna llevaron siempre sus tropas á la victoria; el del inmortal Colon, que en medio de mil dificultades y oposicion descubrió y agregó á nuestro dominio inmensas posesiones de la América, merecerán siempre la memoria de los españoles, que recuerdan ahora con envidia los adelantos y prosperidad de aquel siglo, verdaderamente de oro.

Cuanto fueron dichos los reyes católicos en el gobierno, tanto fueron desgraciados en la sucesion. Un hijo y tres hijas fueron el fruto de este matrimonio; el hijo que era de bellísimas prendas, murió á la edad de 19 años; de las dos hijas, la una, que casó con el rey de Portugal, murió dejando un hijo que falleció poco despues: la otra, que casó con el archiduque de Austria, perdió la cabeza de resultas de un parto, y por creerse poco correspondida en el amor que profesaba á su marido; por lo que se la dió el sobrenombre de *Loca*: la otra casada primero con el príncipe de Gales, y despues con su hermano Enrique VIII, tuvo el disgusto de verse repudiada, y á su marido por esta causa separado del gremio de la fé católica. Tanto pudo en el ánimo de doña Isabel estas desgracias, que cayendo en una estremada languidez, la causaron al cabo una muerte prematura á los 54 años de edad. Dejó por heredera universal de sus estados á su hija doña Juana, y dispuso que si el archiduque, esposo de esta, no queria venir á España, fuese D. Fernando gobernador de los reinos de Castilla hasta que su nieto D. Carlos, cumpliera 20 años.

NAVARRA. 1425. Dejó por heredera de sus estados D. Carlos el Noble á su hija doña Juana. Casada esta con D. Juan II, rey de Aragon, eran aquellos dos reinos regidos bajo un mismo cetro; pero habiendo muerto doña Juana, correspondia el reino, no á su marido, sino á sus hijos; mas no sucedió así, porque habiéndose casado segunda vez el Aragonés, y dejándose dominar de su nueva esposa: prendió á D. Carlos hijo de su primera mujer; y á pesar de las instancias y de las armas de muchos catalanes, navarros y aragoneses no salió del encierro en que murió. Libre así D. Juan del temor que le inspiraba su hijo, aun le quedaba la rivalidad de su hija doña Blanca y hermana del difunto D. Carlos: mas aquel desnaturalizado padre, casando á una hija, habida del segundo matrimonio, con el conde de Fox, la dió el gobierno de Navarra, y para seguridad puso en sus manos á

la desdichada Blanca, que no tardó en fallecer víctima del veneno. Dejó aquella princesa auténticamente declarado que el reino no pertenecía á Fox ni á su mujer; y que ella, segun la facultaban las leyes, por no tener heredero forzoso, hacia donacion de aquel reino en D. Enrique de Castilla. Mas la imbecilidad de este dió lugar á que el de Fox y tras este su nieto Francisco de Fox, llamado el Febo, y despues doña Catalina de Ubret, estuviesen en la posesion de aquel estado, pero solo como gobernadores y sin carácter de reyes. Tal vez habrían sus sucesores continuado en el mando, si doña Catalina, mostrándose parcial de la Francia en la guerra contra Castilla, no hubiera dado lugar á que D. Fernando la espulsase de un reino, que obtenia por pura condescendencia: así volvió á Navarra á ser parte del reino de Leon, como lo habia sido en sus principios.

ARAGÓN 1416. Fué sucesor de D. Fernando en la corona de Aragon su hijo D. Alonso V. Reinaba pacíficamente en sus estados, cuando adoptándole por hijo la reina de Nápoles, le llamó en su auxilio contra el duque de Anjou, que pretendia reinar allí; mas apenas aquella reina se vió libre de sus opresores, cuando quiso tambien deshacerse de sus libertadores; y anulando su primera adopcion, admitió al de Anjou en lugar de D. Alonso. No toleró este semejante agravio; y con nuevas tropas que desembarcó, hizo que la reina se ratificase en su primera adopcion; pero tan falaz fué este reconocimiento como los anteriores; pues al morir aquella princesa, nombró por heredero á Renato, á cuyo favor se declaró la mayor parte del reino. Pasó el aragonés con una buena escuadra, y aunque al principio le fué contraria la suerte en el sitio de Gaeta, donde perdió la mayor parte de sus tropas y la libertad, logrando por fin apartar al genoves de la liga formada á favor de Renato, recuperó todo el reino de Nápoles.

1458. Juan II, además del reino de Aragon y de Nápoles, que por muerte de su hermano Alonso le correspondia, se abrogó tambien la facultad de gobernar á Navarra, atropellando los derechos de su hijo D. Carlos. Declaráronse abiertamente los catalanes á favor del príncipe, y no pudiendo conseguir que fuese puesto en libertad, se proclamaron independientes; pero arrollados por los aragoneses, ofrecieron aquel principado á D. Enrique de Castilla, que aunque admitió la oferta, le faltó carácter para llevar á cabo los auxilios con que debia secundar los esfuerzos de sus nuevos súbditos. No por eso desistieron los catalanes de su em-

pero, para el genero por su rey a D. Pedro, condestable de Portugal; y derrotado este con sus tropas, llamaron a Renato de Anjou, que a pesar del auxilio de la Francia, fue tambien espelido por el aragones. Tuvo gran parte la reina de Aragon en estos triunfos, pues a causa de hallarse enfermo su marido, se puso ella, acompañada de su hijo D. Fernando, al frente de sus tropas.

Conquista del Africa por los arabes y continuacion de los sucesos del siglo VIII.

Disparado, segun dejamos mencionado, el impetu de los arabes, ya no paro hasta doblegar bajo el yugo del profeta mas de dos tercios del mundo conocido por los antiguos. Con Mahoma el afan helicoso brota y se encumbra; el entusiasmo religioso arrebatada mas y mas el denudado nativo de los arabes; yace la Siria con Aba-Bekr á los golpes de Khaled; con Omar van ya estendiendo sus conquistas hacia el Occidente, Sitian á Alejandria, avasallan el Egipto; Omar muere asesinado, le sucede Otman, y le cabe la misma suerte. Fenece tambien Ali del propio modo, y el imperio al nacer se divide entre los parciales de Ali y los de Moavia su competidor, el primero de los Omniades y de los califas de Damasco; y en medio de tantísima turbulencia en la nacion nueva, siguen sus soldados por fuera el empeño de la conquista, y allá se deramaban á manera de raudal al Norte, al Oriente y al Ocaso. Ejércitos arabes embisten y arrollan el Africa, la Persia y el imperio griego. Grandiosidad asoma en cuanto van obrando aquellos hombres, no ha nada mirados con menosprecio; y no tanto capitanean los caudillos á sus huestes quanto estas los avasallan. En menos de un siglo propasan con mucho los linderos del antiguo imperio romano, y su fatalismo sacrosanto es para ellos una prenda positiva de la victoria.

Si los vamos siguiendo en sus guerras atravesando el Africa hasta el estrecho, los hallaremos batallando con los elementos y con las tribus formidables del Atlas, hermanadas por fin más bien con política que con violencia al islamismo. Habia Amrupasada desde 640 del Egipto á la Pentápolis africana sin lograr avasallarlas; y tras él, Otman habia enviado desde Medina á Egipto, y desde allí á la misma Pentápolis á Abdalah-bena-Hzad, el ginete mas arrojado de la Arabia. Habia Abdalah acaudillado cuarenta mil entusiastas; atravesado los de-

siertos de Marmara y de Barca, que horrorizaron á las legiones romanas, e internándose victoriosamente hasta más allá de Trípoli (647), puerta de mar y rico y poblado, y que hasta la conquista de Argel ha estado mereciendo el tercer lugar entre los estados berberiscos. Ciento y veinte mil griegos, moros y libios agolpados arrebatadamente salieron al encuentro á los arabes, pero Abdalah embistió y derrotó por entero aquella hueste revuelta, cuyas reliquias en su fuga asolaron á Sofafala, ciudad poderosa, situada á cincuenta leguas al Mediodia de Cartago, y todavia notable por acueductos y otras minas de la magnificencia romana. Tras la victoria de Abdalah, rindiéronse todos los pueblos de aquella provincia: muchos se avinieron á la creencia del Islam, y cuantos lo resistieron arrieron que allanarse á pagar su tributo.

A los ochenta años de la egría fue entregado el mando supremo de todo el Africa septentrional a Muza con el dictado de Wali. Siguió Muza guerreando con éxito contra los taffes innumerables de los bereberes, avasalló sus cabiles y consejos principales. Adelantó en poco tiempo sus conquistas hasta las orillas del Océano: sitió y tomó á Arella, Tanger y Tetuan: únicamente se resistió y con éxito contrarestó sus armas la fortaleza de Ceuta (1), gracias á la briosa defensa de su gobernador Julian el cristiano. Chithisa (asi llamaban los arabes á Witiza) reinaba á la sazón en España y pertrechó la plaza con cuanto le pedia Julian su pariente para rechazar al vencedor del Africa. Tuvo Muza que levantar el sitio, desahuciado de tomar á Ceuta.

Tal era la situación del Africa sojuzgada por los musulmanes en el año once del siglo VIII: veámos la situación de España.

Sucesos del siglo VIII Año 701 y 711.

Witiza. Rodrigo, política y gobierno de Muza.—Situación de España.—Preparativos de una expedición.—Primera invasión de los sarracenos en la península bajo las órdenes de Tarec.—Batalla de Gnaudete.—Derrota de los godos.—Muerte del rey Rodrigo.

Heredó el trono español Witiza, año 701, y empezó á reinar dando evidentes pruebas de clemen-

(1) *Seblah*, en árabe, antiguamente *Septa*, ad. *septem*, frates, siete montes hermanos y contados hoy mismo facilmente desde la cumbre de Gibraltar.

cia y liberalidad; indultó á los espatriados por delitos políticos, y repartió con munificencia premios y dignidades; mas luego trocó estas virtudes en el extremo contrario: la crueldad y lascivia fueron sus vicios dominantes: asesinó á Fayla, duque de Cantabria, y sacó los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; D. Pelayo y Rodrigo tuvieron que fugarse á Asturias y Cantabria para salvar sus vidas. Prohibió con pena de muerte la comunicación con el Pontífice romano; publicó una ley en que permitía casarse á los eclesiásticos, y á los seglares tener como él, hacia cuantas concubinas quisiesen. Hizo demoler la mayor parte de las fortalezas para que no pudiesen servir de asilo á los que se rebelasen, y mandó convertir en instrumentos de labranza todas las armas de guerra. Estas últimas disposiciones acabaron de desacreditar á Witiza: pues manifestó tener más á sus mismos súbditos, que á los enemigos estráños. El temor justo, que acompaña siempre á los que tiranizan al pueblo. El grito de rebelion que empezó á sonar en Andalucía fué secundado por las demás provincias, y puesto Rodrigo al frente de los sublevados, y ayudado de los romanos, prendió á Witiza y se apoderó del trono. El rey Anrojado Witiza del año 711) y cuya magestad no podía sufrir o más tiempo la vajeza de tanto crimen; Rodrigo, sin aleccionarse en aquel suceso, y sin acordarse que sola la virtud es digna de tan elevados puestos, se atrevió á hollarle y mancharle con los mismos vicios que le su desgraciado antecesor; mas la Providencia, que rige los destinos humanos, le preparó una caída digna de tanto insulto y de los españoles, que á imitación de sus príncipes, se habian entregado á la licencia y á los escandalosa y conocieron por experiencia que no siempre quedan impunes en la tierra las culpas de los mortales.

Cuando Rodrigo debió emplear la mayor actividad en remediar los males causados por su prodecesor, y sus talentos militares, en reparar las fortalezas arruinadas y disciplinar la tropa; como si nada tuviera que temer de enemigos estráños, y como si pudiera reposar tranquilo quien funda su trono sobre la ruina de un partido; así se entregó á gozar exclusivamente de todos los placeres.

En aquel tiempo, dice un cronista arábigo, algunos cristianos de Djezirah-el-Andalus, (1) que

es la península de España, perseguidos y atropellados por el rey Rodrigo, dueño de toda España, des de la Galia Narbonesa hasta la Mauritania ó país de Thandjeh, vinieron en busca de Muza-ben-Noseir, y de moxieron á pasar con tropas á España, que está separada del Africa por un brazo de mar llamado Bab-el-Jogag (la puerta de los desfiladeros). Le manifestaron la empresa como llana y positiva, y blindándose á la auxiliarle con todos sus medios, en España recibido en España gran número de No era Muza menos cuerdo que dénotado. Sin desentenderse de la propuesta, les encubrió su ánimo; se informó reservadamente del estado de España, de sus habitantes, de la riqueza del país, del sistema de su gobierno, de la potestad del rey y de las contiendas y enconos que mediaban entre los principales del país. Cuanto que un cristiano poderoso de Tangen (tal vez Julian, ex-conde de la Tingitania) le fué refiriendo cuanto le convenia saber muy esmeradamente, sobre la situacion y circunstancias del pueblo, el descaminado gobierno de Rodrigo y su falta de justicia, que le habia acarreado el odio de sus súbditos. Ardido; pues, de nuevo en Muza el afán de conquistas que lo habia arrebatado ya hasta el extremo septentrional, á impulsos de cristianos á quienes, intereses sin duda violentísimos, indujeron á llamar un enemigo tan formidable contra su patria. ¿Qué cristianos atropellados son estos? ¿quién es su caudillo? En preguntando á cualquier español nos dirán que eran los hijos de Witiza y el infame conde D. Julian y cuya memoria mal haya para siempre.

Y con efecto, parece que el conde D. Julian fué el incitador mas acalorado de la invasion de su patria.

Varias han sido las esplicaciones acerca de la conducta de Julian. Quieren algunos que el defen-

del arábigo Handalos traduciéndolo regio *desperlina*, region de la tarde, del Ocaso, nombre que corresponde á la Hesperia de los griegos. Ello es, dice Mr. Avezac, que tal denominación no se halla en documento alguno anterior á la conquista de los moros, quienes la introdujeron en la forma de *el Andalos*, aplicable alternativamente al país ó á la capital y á sus moradores. *Enciclopedia nueva*, art. *Andal.* t. I, p. 520). Por lo demás la esplicacion de Casiri parece menos traída de lejos que la de algunos autores arábigos quienes derivan la voz de Andalos (hijo de Tubal, hijo de Japhet, hijo de Noé), el cual, segun ellos, fué el primero que aportó en la península.—Estos son los climas de España, llamada propiamente Andaluz, dice el Edris (Jeogr. Nubines). IV clima.

(1) Este era el nombre que daban los árabes á toda la península. El Sr. Marónita Casiri saca la denominación de Andalucia

Por de Ceuta se haya pasado por codicia á los sarracenos, vendiéndose vilmente: otros, en mayor número, á venganza personal. Estos afirman que había Rodrigo violentado á su hija Cava, y otros que la atropellada por Rodrigo fué la esposa y no la hija del conde; y por fin otros, fundándose en que ninguna crónica arábica ni cristiana habla de aquella tropelia, dan toda su historia por soñada. Los historiadores arábigos achacan la alevosía de Julian á un grandísimo baldon recibido en España mientras estaba defendiendo el postrer baluarte de los godos en Africa. ¿Cuál fué aquel baldon? No lo dicen, y hasta largos siglos despues no se ha manifestado á las claras.

Es, sin embargo, indudable que los Witizas tuvieron parte positiva y eficaz en la invasion de su pais, como lo evidencia un contemporáneo, de suyo muy compendioso en todas sus relaciones, Isidoro de Bejar. Sin atenerse á él, cabe tambien fundarse en testimonios menos remotos, como los de Sebastian de Salamanca y la crónica Albeldense, que son, sin embargo, posteriores tan solo de un siglo. No se hace, con efecto, cuesta arriba el creer que los hijos de Witiza, cuyo padre y abuelo habian reinado, viesesen desde luego esperanzados de sucederle. Se les habia sobrepuesto Rodrigo; pero impacientes llevarian el yugo del nuevo rey Eyan y Sisebuto. Eran sus enemigos naturales, y ¿hasta dónde no pueden arrebatarse el encono político y la ambicion frustrada? Esta es la explicacion de su conducta que traen varios escritores.

En cuanto á Julian, era de su familia, y esto franquea salida para todo; pues hizo otro tanto como los hijos de Witiza y su tío Opas, metropolitano de Sevilla. En desagravio y rehechura de la parentela, llamaron á los sarracenos con título de auxiliares, y quedaron arrollados en el derrocamiento general.

Este fué, sin embargo, el móvil que se está citando hace siglos para la traicion de Julian. Hay que referir el trance siquiera para que no adolezcamos de tamaña ignorancia, segun lo han ido historiando miles de historiadores modernos, segun los cronistas: la narracion, vamos á relatarla cual sea en sí.

Era práctica corriente en el señorío godo, dicen Mariana, Ferreras y otros, el enviar á sus hijos de ambos sexos á residir junto al rey en Toledo, para emplearse en su servicio y aprender modales palaciegos, logrando así merecer privanza. En siendo adultos, el soberano los enlaza segun la gerarquía de la parentela, los dotaba con su caudal régio y costeaba sus desposorios. Envía Julian, gobernador

de Ceuta, su hija, que era de hermosura sobresaliente, á Toledo, segun costumbre. El rey la vé y la idolatra; halla resistencia y se arroja sin empacho á valerse de violencia para el logro que no le cabe con la persuasiva. Escribe la muchacha y participa reservadamente á su padre aquella vileza. Este se ensaña y prorrumpo: «¡Por Jesucristo! que he de anoadar su poderío, sotavándolo por sus cimientos!» Y atravesando el estrecho de Ceuta en el rigor del invierno, llega atropelladamente á Toledo y se presenta al rey Rodrigo. Este le vitupera la venida en estacion tan intempestiva, y le pregunta el motivo de aquel viage. Encubre Julian el verdadero, aparenta que su esposa, enferma de gravedad, anhele ver siquiera una vez á Florinda antes de morir, y que habia ido en su busca por complacer á la madre, y suplicaba al rey le permitiese volver inmediatamente á Ceuta con su hija. Concédesele la peticion, y el rey, agasajando á Julian, le entrega la hija, conceptuando que no descubriría al padre lo sucedido. Vuelto á Ceuta, Julian acudió desde luego á la ejecucion de su desagravio, con cuyo intento se avistó con el emir Muza, hijo de Nacir, en la ciudad de Sfrikia, persuadiéndole que invadiese la España. Le fué ponderando las riquezas de la península, la suavidad de su clima, la abundancia de sus productos, y le retrató al vivo el apocamiento de los godos y las disensiones intestinas que estaban reinando entre ellos. Conceptuó Muza que habia llegado el trance, y ajustó con Julian un tratado de alianza en el cual se obligaba este á incorporarse y cooperar con los musulmanes; pero antes de arrojarle á expedicion tan arriesgada, requirió Muza que Julian comprobase su encono contra sus paisanos, entablándole mismo la empresa. Avínose el conde, y juntando un cuerpo de tropa en su gobierno (por lo visto el de Ceuta), la embarcó en dos naves, y al fin del año noventa y uno de la egira, hizo una correría por la costa meridional de la península. Detúvose pocos dias, en los cuales recogió grandísimos despojos, y regresó sano y salvo con su gente. Desde aquel punto no quedó duda á Muza de la buena fe de Julian el Infiel, y se acordó definitivamente la invasion de la península.

Las descripciones halagüeñas que andaban haciendo de España los habitantes de Tanger y demas africanos (pues los cronistas arábigos se esplayan complacidamente sobre este particular), incitaron mas verosimilmente á Muza á emprender aquella conquista. Hablaban de su temple delicioso, de su cielo despejado y honancible, de sus cuantiosas riquezas, de la caridad y hermosura portentosa de sus

plantas y frutos, del temporal siempre propicio por el orden de sus estaciones, de sus lluvias benéficas, de sus ríos y manantiales abundantes, de los restos magníficos de sus monumentos antiguos, de sus grandiosas provincias y de sus muchas y opulentas ciudades. Según ellos, las descripciones más galanas no alcanzaban á retratar y encarecer los halagos de la España; no había país que así rebosase de primores, sobrepujando en delicias á todas las regiones de Levante y de Poniente. Dependía sin embargo Muza del califa Damasco Walid, y como musulmán castizo nada podía emprender sin la anuencia del caudillo de los creyentes, y así le escribió para conseguirla. Dicen que en su carta le fué pintando el país que trataba de conquistar y avasallar á la ley del profeta, como una tierra de portentos, superior á la Siria por la hermosura del cielo y la fertilidad del terreno, al Iémen por la suavidad del clima, á la India por sus flores y aromas, al Hejaz por sus frutos y al Catay por sus metales preciosos. Concedió sin dificultad Walid á Muza la potestad que solicitaba, encargándole con todo que no se arriesgase por el Océano peligroso inconsideradamente. Esmeróse Muza, dicen las mismas memorias, en desasustar al califa, participándole como el mar que media entre el Africa y la España era un mero estrecho que la vista abarcaba, y no un piélago formidable. Ya Muza vinculó todo su ahinco en preparar su empresa, y ante todo, para cerciorarse de la puntualidad de cuanto le habían informado, dispuso un reconocimiento por el país, y encargó esta incumbencia al Bereber Tarif, hijo de Malek-el-Maafery. Cien árabes y cuatrocientos africanos (esta vino á ser aun después la proporción de unos y otros en el ejército conquistador) pasaron de Tanger á España con aquel caudillo y desembarcaron en el sitio en donde se halla ahora el pueblo de Tarifa. Abd-el-Melek el Mufery de Wasit, quien después se avencinó en Al Djesirah al Hadra, el Mondar ben Measema de Hemesa, Zaid ben Resid, Sehseki, y algunos otros andalides sobresalientes fueron ya de esta expedición primera, que se verificó en la luna de Ramadhan del año 91 de la hejira (julio 710 de J. C.) Los soldados de Tarif recorrieron por las costas de Andalucía, cogieron ganados y algunos prisioneros, sin la menor oposición; y Tarif, de vuelta en Tanger con los suyos, dió un informe favorable del país que acababa de reconocer. Conceptuó Muza la expedición de feliz agüero; pero emplazó, como caudillo sensato, otra más formal para la primavera siguiente. En los primeros meses del año 92 de la egra (711) eligió á Tarec

ben Zeyad para adalid de la hueste, ya más reforzada, que envió á embestir la península, y puso en su lugar para el mando de Tanger á su propio hijo Merwan ben Muza. Doce mil bereberes de guarnición de Tanger, acompañados de algunos centenares de árabes, se embarcaron á las órdenes de Tarec y pasaron entonces en cuatro naves de Tanger á Ceuta y desde allí á la costa opuesta. Parece que Julian los iba guiando, y los sarracenos desembarcaron al pronto en una isilla, que desde lejos se les figuró muy verde y la apellidaron por tanto *Djesirah al Hadra* (la isla verdosa hoy Algeciras.) Conceptuó Tarec al peñon inmediato Calpe como punto asombroso, lo asaltó y lo atrincheró en seguida; y así Tarec fué delineando las primeras líneas de fortificación del inespugnable Gibraltar, desde donde la política inglesa está atalayando la embocadura en el Mediterráneo. Apellidóse allá al principio aquel monte *Alfeth* (cerro de la conquista ó de la entrada); mas tomó luego el nombre del conquistador y se llamó *Gebal Tarec* (montaña de Tarec) de que se hizo Gibraltar. Los cristianos, dicen, capitaneados por Teodomiro, gobernador de la provincia, intentaron hacer alguna resistencia, pero quedaron rechazados y huyeron despavoridos.

Se fija en el jueves quinto, día de la luna de Redjeb del año 92 de la egra (28 de abril de 711) el desembarco de Tarec en Al Djesirah al Hadra. Desembarcado Tarec, dicen, quemó sus naves para desesparanzar á sus tropas de toda retirada, dejándole la única alternativa de vencer ó morir, aunque parece poco verosímil este hecho. Como quiera, habiendo Teodomiro juntado algunas nuevas fuerzas en su provincia, volvió al intento contra Tarec; pero sus tropas quedaron escarmentadas y puestas en fuga, y tras algunas escaramuzas sangrientas, ya no se atrevieron á hacer frente á los musulmanes.

Refieren que Teodomiro escribió entonces al rey Rodrigo, pidiéndole auxilio en estos términos: «Señor, han venido por acá de la costa de Africa, enemigos, no sé si descolgados del cielo u arrojados de la tierra, que me han asaltado de improviso: éché el resto por atajarles la entrada, mas he tenido que ceder á su número y á su ímpetu. En el día están acampando, muy á mi pesar, en nuestro suelo; os ruego, señor, y es el partido más acertado que cabe, que vengais luego auxiliarnos, y con cuanta tropa os fuera posible juntar. Venid, señor, vos mismo y en persona, que será lo más conveniente.»

Estremeció á Rodrigo noticia tan inesperada; convocó sus consejeros y adalides, y envió contra los

enemigos la flor de la caballería goda; marchó apresuradamente esta tropa y se incorporó con la que estaba ya mandando el general Teodomiro; marcharon contra los musulmanes, y mediaron refriegas parciales entre las huestes, mas siempre con desventaja y quebranto trascendental de los godos. Mugeith el Rumi, caudillo esclarecido que habia descollado en los trances de la conquista de Africa, mandaba la vanguardia de la caballería musulmana. Estaba entretanto Rodrigo agolpando tropas y tropas de todas las provincias, y acudia con todo su poderío contra los musulmanes; iba Tarec recorriendo el territorio de Al Diezirach y de Sidonia y hasta las orillas del rio Anas, derramando pavor y trastorno por todas las poblaciones, sobrecogidas con aquel avance imprevisto; pues iban y venian, por donde quiera, cuadrillas de caballería asustando las aldeas, y asolando y quemando las campiñas.

Apresuróse Rodrigo á llamar á godos y romanos á la defensa de la patria comun, y llegó por fin á los campos de Sidonia con un ejército crecido pero bisono. De qué elementos constaba la hueste de Rodrigo? ¿cual era su verdadera fuerza? no cabe puntualizarlo, sino allá muy en globo en medio de tantas y tan encontradas relaciones. Parece, sin embargo, positivo que Rodrigo acaudillaba una muchedumbre muy crecida para la defensa del país, pero muchedumbre bisona y nada guerrera, desmandada en el trance, y por valerosa que fuese, era en una palabra muchedumbre agolpada arrebatadamente. Los hijos de Witiza, dicen, iban con Rodrigo en ánimo de venderle y tenían mando en el ejército.

Enterado Tarec de las disposiciones de Rodrigo, pidió refuerzos á Muza, quien le envió hasta cinco mil ginetes bereberes; juntaron los caudillos sarracenos sus pendones, y los cuerpos de caballería que bagaban por el país acudieron á la formación; y á pesar de sus fuerzas inferiores, Tarec salió denodadamente al encuentro del ejército hispano-godo.

Acació el encuentro junto al Guadalete, no lejos de la antigua Asindo, y en el solar donde está ahora descollando cercada de viñedos con nombradía en toda la Europa, la ciudad de Jerez de la Frontera. Allí era donde se iba á echar el resto al juego sangriento de las batallas por el paradero de la península.

Era el mes de julio. Estaban godos y árabes contrapuestos: los árabes, á quienes Mahoma habia prometido la tierra por herencia, arrebatados á la pelea por el entusiasmo religioso y el afán de la presa: los godos por la precision de resguardar sus hogares, su fé y su patria en contingencias, pero

mal apercebidos para la guerra, y en cierto modo sobrecogidos, y por otra parte desavenidos y quebrantados de su pujanza guerrera; los árabes cabalgando alazanes rozagantes, ceñida la sien de turbantes blancos, con el arco usual en la mano, el sable terciado al cuello, la lanza al costado, tropel asombroso para el avance, llevando consigo escuadrones densísimos de aquellos bereberes formidables á caballo, tremolando banderolas blancas, rojas y negras de las tribus de Zenetah, de Gomerah y de Masmudach, compañeros fieles de Tarec, para quienes la pelea era un juguete, y que embestian á los batallones mas grandiosos con un brio y una rapidez irresistible; los godos faltos de caballería pertrechados con coraza y braquel, revestidos de un juboncillo recamado en sus cuerpos selectos, pero armados únicamente de picas, hachas, hondas y hoces en lo restante del ejército.

Habia traído consigo Tarec doce mil hombres, y le llegó luego el refuerzo de cinco mil ginetes; mas no se reducian sus fuerzas á estos diez y siete mil combatientes, pues se afirma con fundamento de un crecido número de judíos y aun de cristianos descontentos habia acudido á recrecer la hueste sarracena que venia á componer cuando menos, veinte y cinco mil hombres; al paso que la cristiana era cerca de cuatro tantos, segun casi todos los autores arábigos.

Trabóse la batalla al amanecer, se sostuvo con igual teson por ambas partes, y se terminó al cerrar la noche. Renovóse al rayar la madrugada, y la fragua de la pelea, hablando como un cronista musulman, siguió tambien ardiendo hasta la noche sin sobresalir ventaja alguna por uno ni por otro bando.

El tercer día iban ya desmayados los sarracenos, y cejaban por todas partes, cuando Tarec fué recorriendo las filas, y encarado con los suyos, profirió algunas de aquellas palabras que suelen decidir los trances. «Dónde tratáis de refugiaros? clama: el mar está á la espalda, y el enemigo al frente; no hay mas recurso que el de vuestro denuedo: haed como yo. Gualáh! Voy á embestir á su rey, y si no le quito la vida he de morir á sus manos. Y arrebatándolos consigo, arrolla las filas de los godos, quienes desde aquel punto pelean desairadamente y no aciertan á contrarrestar el ímpetu de los ginetes berberiscos. Rodrigo, á quien conoció Tarec por sus insignias reales, es ya el blanco de todos sus ímpetus, lo embiste en medio de su tropa selecta, y lo traspasa de un lanzazo. Cae así difunto el desventurado Rodrigo derrocado por la diestra de Dios. Tarec, segun el concepto musulman, fué instrumen-